

Reseña

Dalmaroni, Miguel (dir.) (2025). *Investigación y literatura. Proyectos, tradiciones y problemas*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral. 352 pp¹.

En el comienzo de *Investigación y literatura. Proyectos, tradiciones y problemas* hay una “Noticia” donde se advierte al posible lector desprevenido que el libro que está a punto de abordar tiene un antecedente: *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica* publicado en el 2009. La versión actual retoma esas elaboraciones previas que trataban de proporcionar instrumentos para “planificar e iniciar el desarrollo de investigaciones en el campo de los estudios literarios” (2009: 7), pero pretende ser “otra obra”: “con algunos conceptos y enfoques —nos dice Miguel Dalmaroni— revisados, corregidos y ampliados, pero también con nuevos problemas y temas, reactualización y reordenamientos selectivos de la bibliografía, ejemplos recientes de proyectos y trabajos de tesis doctorales” (2025: 9). Actualizaciones y novedades; revisión y corrección: el modo en que en este *incipit* se explicita el movimiento de reelaboración parece querer abrirnos el tiempo. Instala la sucesión lineal, la lógica de la evolución y la obsolescencia, pero, a la vez, nos ponen en contacto con el ritmo del retorno.

1. Una primera versión de esta reseña fue leída en la presentación del libro organizada por la Maestría en Literatura Argentina, el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria y el Centro de Estudios en Literatura Argentina de la Universidad Nacional de Rosario realizada en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (UNR-CONICET) el 6 de junio de 2025.

Es un simple volver con lentitud sobre lo previo y, si seguimos a Georges Didi-Huberman, a la temporalidad que se liga a la supervivencia, esa que desarma las cronologías, perturbando la brecha entre el estímulo y su consecuencia.

Entonces, si hoy nuestra práctica encuentra ya poco resquicio para resistir ante la aceleración de la acreditación, este libro regresa, con detenimiento, sobre problemas que ya había desarrollado y se deja afectar no solo por lo que la actualidad le requiere, sino también por lo que había quedado latente y que ahora se nos vuelve a abrir en un remolino. Y así nos interroga: a aquellos que lo usan por primera vez como instrumento y, también, a los que veníamos utilizándolo en los Talleres de tesis o de Escritura e Investigación. “Es nuestra biblia”, decíamos hace poco en una reunión de Comisión Académica de la Maestría en Literatura Argentina (UNR), y el chiste, como siempre, escondía algo de verdad: la versión previa había sido, desde su aparición, una referencia ineludible, un lugar seguro en el cual hacer pie en un terreno siempre inestable. Que ese andamiaje exhiba la necesidad de interrogarse, que se tome el tiempo para hacerlo, nos recuerda, por si lo habíamos olvidado, que conviene no descansar demasiado en ninguna certeza y, a la vez, muestra cómo la investigación, al menos la que conozco, la que entra en contacto con objetos que podemos pensar aún hoy como “artísticos” afecta nuestro tiempo: precisa que, sin desentendernos de los requerimientos institucionales, ralenticemos, revisemos, reformulemos y nos dejemos afectar por la apertura de ese remolino.

Investigación y literatura. Proyectos, tradiciones y problemas juega su práctica en el equilibrio entre los factores que sostienen cada una de estas temporalidades. Por un lado, atiende a los requerimientos institucionales: sistematiza un conjunto

de saberes, como dije, necesarios para comenzar una investigación en el campo de los estudios literarios; saberes muchas veces silenciados. En este sentido, en la “Introducción”, se reconoce el punto de vista pragmático que articula el desarrollo y en la “Primera parte” se describen cada una de las secciones de un proyecto de investigación minuciosamente. Su lectura nos ayudará a diferenciar, por ejemplo, objetivos generales de específicos, a pensar las relaciones entre estado de la cuestión y marco teórico e incluso a reconocer reglas para armar conjeturas sobre aquello que, en principio, nos interesa justamente porque se resiste a estas determinaciones. “Una hipótesis por cada objetivo” solemos repetir en los Talleres de Escritura e Investigación de la Maestría, de nuevo, un poco en broma un poco en serio, reformulando una premisa que en el libro se expone de la siguiente forma: los objetivos “deben quedar sólida y claramente articulados con el título y la introducción que los precedan, y muy especialmente con las hipótesis. Durante la redacción del proyecto conviene, por lo tanto, asegurarse de que resulte claro que cada hipótesis apunta al cumplimiento de alguno de los objetivos formulados” (2025: 65).

Definiciones de este tipo pueden resultarnos urticantes o fastidiosas. Pero Miguel Dalmaroni y Soledad Quereilhac —que se suma en esta edición a la elaboración de la “Introducción” y de la “Primera parte”— nos recuerdan que no son banales. Y no solo porque de ellas pueda depender el éxito de una postulación sino porque se ligan con un horizonte de valores y creencias de la profesión que se sostiene en diálogo con algunos de los principales valores y creencias de la ideología democrática (2025: 21). En este sentido, conviene no confundir la atención a las normas que articulan la retórica académica con

“la adopción más o menos pasiva de una jerga que consideremos ideológica o acrítica” (2025: 53). Para esto es necesario sostener una mirada atenta y crítica, no solo para que lo que escribamos sortee la posibilidad de volverse indigerible, sino, también, para no caer en algo que podría identificarse en el otro extremo: “el reemplazo de ideas y argumentos por una gramática retorcida o una prosa compleja pero confusa” (2025: 53).

Ahora bien, la necesidad de determinación y encasillamiento no solo se encuentra balanceada por estas prevenciones, sino, también, y, fundamentalmente, por las reflexiones sobre los problemas epistemológicos que se encuentran en su base. Desde el comienzo, se pone en el centro que “los investigadores y las investigadoras en temas de literatura somos especialistas en la problemática insuprimible del lenguaje y en las relaciones de todo tipo que el lenguaje mantiene con el vasto y variado conjunto de la vida” (2025: 12) y que esto nos asedia como no lo hace en ningún otro campo. Es desde esa afirmación que se piensa el problema de la singularidad de las formas de las investigaciones en estudios literarios. Esa especificidad se aborda desde una concepción de la literatura que destaca justamente que la misma es “en diversos grados ajena[s] a los regímenes de la comunicación y de los intercambios y a las economías del provecho y la utilidad” (2025: 21). Concepción que se construye no solo mediante una muy acertada revisión de motivos sociológicos y antropológicos (que les permite sostener a Dalmaroni y a Quereilhac que “hay un conocimiento vivido, práctico y empírico, de efectos emocionales o afectivos, de dimensión social y proyección histórica, respecto de qué es la literatura, más allá de su definición en términos teóricos, filosóficos, esencialistas o epistemológicos” (2025: 26)), sino, también, a partir

de una convicción teórica que liga a la literatura con una forma irreductible de la experiencia, permitiendo advertir que “ciertas prácticas que la civilización (si se quiere, la ideología) identifica como ‘arte’ y ‘literatura’ son algunos de los territorios en que sobreviene el acontecimiento (Badiou), emerge el puro presente de lo que en efecto se está viviendo (Williams), las determinaciones sociales se nos hacen aterradoras e insoportables por una mirada que —ajena a la responsabilidad— las suspende (Bourdieu), el recuerdo disruptivo e inasimilable corta el curso conservador, edificante y plano de la memoria (Benjamin)” (2025: 29).

Acontecimiento, suspensión, emergencia, disruptión: en esta segunda versión del libro este platillo de la balanza gana peso. Un peso que no está necesariamente ligado a la actualización disciplinar y que nos muestra la afectación del retorno. Un cambio que habilita nuevas precisiones. El modo en que se elige abrir la “Introducción” se vuelve, en este sentido, central. La misma se inicia, justamente, con una nueva consideración sobre los comienzos y, volviendo acto eso mismo que analiza, coloca en el *incipit* una reflexión sobre la estrecha relación entre pensamiento y escritura. En esta línea, en la nueva versión, el abordaje del “intervalo constitutivo de las relaciones entre las palabras y las cosas” (2025: 13) antecede a la siempre útil distinción entre método y metodología y la discusión en torno a la especificidad se amplía, ocupando un lugar doble: aparece en la “Introducción” y es retomada, luego, en las “Discusiones preliminares”. La sensación es paradójica: el libro queda así más ordenado, precisamente destacando aquello que nos pone más cerca del desorden.

En el contexto actual, marcado por un feroz ataque a nuestra disciplina, que este polo adquiera mayor gravitación se vuelve fundamental. Es una forma

de resistencia que responde a esa embestida reformulando las demandas desde otros parámetros. Y lo es aún más para aquellos que estamos en contacto con recorridos de investigación en los que se elaboran proyectos no para la obtención de una renta económica específica sino en función de alcanzar una formación más amplia y con un rédito monetario menos inmediato. Al pensar la factibilidad, Dalmaroni y Quereilhac destacan que, cuando investigamos, aquello a lo que nos avocamos “debe habernos comprometido, capturado o afectado de un modo a la vez sensible e intelectual” (2025: 64). Los nuevos modos que esta versión encuentra para dar lugar a los desarrollos epistemológico permiten que leamos esa afición tan singular con mayor detenimiento; que podamos reflexionar sobre la importancia de esa convicción.

Ahora bien, este equilibrio no se exhibe, sin embargo, como cerrado –si lo hiciera nos llevaría a desconfiar del modo en que se adoptan los principios epistemológicos que se exponen. Para esta apertura, a la par de las reflexiones, la diversidad de los proyectos convocados como ejemplos se vuelve crucial. La misma evidencia que, sin desoír los imperativos planteados, pueden encontrarse realizaciones muy variadas. Otro factor que contribuye a sostener abierto el movimiento es que *Investigación y literatura. Proyectos, tradiciones y problemas* es un libro que se muestra haciendo. Esto se observa claramente en el comienzo cuando se explicita que las siete áreas, campos o subcampos de investigación que dan forma a la segunda parte del libro se componen como un muestreo y no como una taxonomía. El recorte es un paso capital para cualquier investigación y, a propósito de esta selección, el libro lo afirma y lo realiza. Pero hay, además, otro modo en que se materializa este carácter, podríamos decir, performático que me interesa

destacar. Uno que puede pasar desapercibido: el uso de las enumeraciones. La forma en que se articulan las mismas permite mostrar la diversidad de elementos que es necesario poner en juego para dar cuenta de la complejidad de un problema: habilitan la multiplicación y, al mismo tiempo, agrupan, ordenan, valoran. Y así enseñan, en este caso sin decir que lo están haciendo. Dalmaroni y Quereilhac nos invitan a experimentar la tensión que se pone en juego en las enumeraciones, entre el reconocimiento de la arbitrariedad sobre la que se sostiene cualquier serie y la necesidad de pensar la pertinencia y la jerarquía de los componentes que se seleccionan para constituir las.

En este marco de búsquedas de equilibrios y subversión de las cronologías, es en la segunda y la tercera parte del libro en donde se atiende más particularmente a los imperativos de lo actual. El apartado “Herramientas bibliográficas en línea” escrito por Vicente Tuset Mayoral confronta las demandas de actualización al presentar los instrumentos que ofrece internet para la búsqueda y recuperación de fuentes bibliográficas digitales. El capítulo se compone como una verdadera caja de herramientas que, a la vez que encuentra un buen resguardo de la volatilidad de los sitios explicando mecanismos y no solo mencionando recursos, nos resalta inteligentemente la posible obsolescencia a la que nos expone la escucha de estos requerimientos.

La “Segunda parte” mantiene la estructura desarrollada en la versión del 2009: primero, la descripción del campo mediante la presentación de los temas-problema y los debates que lo articulan; luego la reseña de dos casos de investigación ejemplares y la mención de otros también relevantes; y, finalmente, un listado de revistas especializadas. Esta configuración, que ha probado ya

su eficacia, vuelve a ser utilizada, pero convocando nuevos campos y a nuevos especialistas —y reformulando la manera de nombrar los apartados, eligiendo por sobre la uniformidad, la singularidad de la denominación que cada uno requiere—. No voy a detenerme en todos los campos presentados que van desde una introducción a la crítica textual a cargo de Mercedes Rodríguez Temperley hasta un desarrollo de la relación entre “Género, feminismos y literaturas” elaborado por Guadalupe Maradei; y desde una vuelta sobre los estudios en Literatura Comparada abordada por Fernando Cabo Aseguinolaza hasta nuevas reflexiones sobre la historia del libro y la edición y sobre la enseñanza de la literatura al cuidado de José Luis de Diego y Analía Gerbaudo, respectivamente. Sí quisiera presentar, en este marco, dos de los capítulos que confrontan de manera diferente el requerimiento de actualidad.

Por un lado, tenemos “Literatura y datos. Oportunidades y desafíos de la filología” elaborado por Matei Chihai. Allí, se nos confronta con un adjetivo que ha ganado cada vez más espacio para calificar términos clásicos: digital. Y a partir de ahí, de la filología digital y de las humanidades digitales, se busca pensar las nuevas posibilidades que brindan los corpus albergados en nubes a las “distant reading”, en relación con los nuevos *software* disponibles para análisis estilométricos. La sintonía con lo actual es, en este caso, casi absoluta. Se busca consolidar el interés por objetos y problemas muy recientes, que han cobrado relevancia en el campo de los estudios literarios justamente en función del cambio radical que parecen demostrar y propiciar, y, para esto, se elaboran afirmaciones como la siguiente que, desde muchas perspectivas teórico-críticas más “tradicionales”, podrían escandalizarnos: “La investigación literaria debe

emanciparse de su vínculo con la lectura individual [que requiere, según el mismo autor, la puesta en juego de conceptos como experiencia y goce], necesariamente fragmentaria, para aspirar a una lectura completa, que cubre la totalidad de un texto o de un conjunto de textos.” (169). Sin embargo, esta cercanía no impide que se formulen interrogantes. Entre los más relevantes, se destacan aquellos que indagan sobre quién sería el público destinatario de este tipo de análisis, así como los que advierten sobre los posibles riesgos de que sus resultados sean explotados como bases de datos susceptibles de monetización.

En “‘Escrituras de vida’ e investigación” elaborado por Judith Podlubne, al igual que el de Chihai, podríamos imaginar, si hemos seguido los desarrollos críticos previos de la autora, que el mismo tiene en su base un problema relacionado con lo actual, que la misma Podlubne ha formulado como el retorno del interés por la biografía en las primeras décadas del siglo XXI. Pero, a pesar de nuestras expectativas, dicho interés no aparece explicitado en el libro: el capítulo elige comenzar con un recorrido por el desarrollo teórico en torno a las relaciones entre escritura y vida en el último tercio del S. XX, haciendo hincapié, ordenadamente, en las diversas formulaciones del mismo en la obra de Roland Barthes; prosigue abordando los aportes teóricos específicos sobre el género autobiográfico, que comienzan a desarrollarse también en la década del 70; y finaliza con un recorrido por las investigaciones relativas a la escritura biográfica, particularmente por aquellas que desestabilizan los planteos sociológicos y antropológicos, colocando como inicio un aporte de Pierre Bourdieu de 1986. El capítulo arma las cronologías, establece las linealidades, las vuelve necesarias. Pero, a la vez, muy a tono con las temporalidades que complejizan Dalmaroni

y Quereilhac, desequilibra: muestra las elecciones singulares que hace para armar los recorridos, escucha los hiatos y los diferimientos sin presentarlos como alteraciones, complejiza la temporalidad del retorno e introduce reflexiones que podrían, desviadas, sostener sus movimientos temporales (a través del abordaje que Jaques Derrida hace de Nietzsche o que Barthes hace de Proust).

“[L]a utilidad pretendida es todo el tiempo problemática” (2025: 19) sostienen Dalmaroni y Quereilhac en la “Introducción”. Y es el reconocimiento de esa problematicidad, que supone un compromiso con una cierta política de investigación sobre la literatura, la que permite que dos voces tan diversas como la de Chiahia y la de Podlubne conversen. Y es esto lo que, en un tiempo en que la diferencia provoca reacciones muy violentas con avales institucionales poco antes vistos, habilita un verdadero intento de inclusión amable del lector o la lectora en la comunidad que el libro intenta seguir construyendo.

Mariana Catalin
IECH-CONICET-UNR